P. ¿Por qué, si no érais culpable, habeis echado á correr de la taberna de Guérin?

R. Me han gritado: ahí está la *roja*. Yo no he *chapescado*; lo único que he hecho ha sido marcharme. (Risas.) Nada tenia yo que echarme en cara ni que temer; pero al fin, se me achacaba haber *hecho un negocio*. Si hubiese temido alguna cosa, no hubiera frecuentado una taberna en donde no hay mas que agentes de policía é indicadores; no hubiera venido á meterme yo mismo en la boca del lobo.

Tambien Lesage ha querido probar la coartada. Cuando se cometió el crímen, ha dicho, subia yo á la torre de Nuestra Señora; ha dado los detalles mas circunstanciados con respecto al campanero que le ha abierto la puerta y á dos niñas que estaban comiendo unas sopas. Ahora bien, el servicio de las torres lo desempeñaron aquel dia dos mujeres, y nadie comió sopas en aquel sitio,

En seguida se pasa al interrogatorio de Micaud.

Presidente: Micaud, á vos no se os acusa de haber tomado parte en el asesinato de la Renault, pero sí de haber dado indicaciones para el robo que se cometió con aquel. ¿Convenís en este hecho? (Micaud no contesta.) Hablad, es preciso que os espliqueis.

Micaud, vacilando: No señor.

P. Pero vos mismo habeis confesado en el sumario la visita que hicísteis mancomunadamente á la Renault. ¿Si todos estos hechos no son ciertos, por qué los habeis declarado? (Micaud baja la cabeza, y se obstina en callar.)

P. ¿Cómo, si no hubiérais estado en casa de la Renault, cómo hubiérais podido dar unas señas tan exactas de la casa, como las que habeis dado?

R. No tengo nada que decir.

P. ¿No sois vos quien habeis escrito al comisario de policía una carta designando á Soufflard como uno de los perpetradores del asesinato de la calle del Temple?

R. No he sido yo.

P. El perito ha reconocido ó confrontado vuestra letra con la de la carta y ha encontrado entre ambas una gran semejanza.

R. Lo niego. Vuélvensele á leer á Micaud los interrogatorios anteriores, y entonces se decide á confesar que ha estado en casa de la Renault.

P. Micaud, vos habeis hablado del asesinato á la jóven Ramelet: la habeis contado los detalles de él. Vos habeis dicho que no habeis querido tomar parte en el negocio, *porque era muy dulce el hablar con ella* (con la señora Renault). Vos habeis contado que se la habia hecho subir encima de una silla para que bajara una tela de colchon, y que entonces se habian arrojado sobre ella por detrás y la habian asesinado.

Micaud: Yo no he hablado del hecho, porque mirad, no lo creo posible. El asesinato... no, no creo en él.

Presidente: Sin embargo, no es sino demasiado real.

Micaud: Lo será; pero por mas que digais, yo no quiero creer en él.

El procurador general: De ese modo, Micaud, hé aquí que vos lo negais todo... estais en contradiccion con las declaraciones que habeis dado en el sumario y en esta misma audiencia. Habeis convenido en que habíais estado antes del asesinato en casa de la Renault. Reflexionad en vuestras negaciones. Vamos á ver: ¿habeis estado allí?

Micaud con resignacion: ¡Pues bien! ¡sí señor! ¡he estado!

Interrogada la *Vollard*, niega haber conocido á Soufflard y á la Alliette, apenas sabe quién es Micaud.

La jóven Alliette no sabe lo que quieren decir: ella no ha oido hablar de robos jamás; estaba en la creencia de que Micaud ganaba su vida vendiendo porcelana y jugando al villar. Con respecto á Soufflard, sabia que tenia recursos, y que debian tomar en compañía un almacen de licores. Si despues del crímen ha desempeñado algunos efectos del Monte de Piedad, si ha pagado en oro el alquiler del cuarto, es porque un caballero se la ha acercado en la calle y la ha dado un cucurucho de confites, dentro del cual habia algunas monedas de oro.

Pero todos estos embrollos se deshacen bien pronto, ante las declaraciones de una porcion de testigos y de confrontaciones convincentes.

Hé aquí un testigo que viene á declarar contra Lesage. En el lenguaje de los ladrones, este hombre es un *carnero*, un *indicador*, un falso hermano.

Manuel Levi, ladron cumplido de presidio, ha visto á Lesage en el momento en que este iba á ser puesto en libertad en la prefectura de policía. Lesage le ha dicho: «Necesito dinero á toda costa, sé un buen negocio, pero me hace falta para llevarlo á cabo un hombre decidido. Voy á buscar á Soufflard, que es el hombre que me conviene. Me he de hacer con dinero, aun cuando esto me hubiera de costar la cabeza.»

Lesage mira al testigo de arriba á abajo, se encoje de hombros, y con una sonrisa indefinible en la que se ven pintados la rabia y el desprecio:—«Y vosotros, dice, haceis caso de pillos como este! ¡y vais á dar crédito á lo que os diga un hombre semejante! ¡Este individuo es tan tunante como yo! Está contando un cuento para *embaucar* á la justicia. Lo que este busca son *parneses*. ¡No discurre mal! ¡pero esos colores son muy conocidos! El ha dicho: Si *canto*, sea verdad ó mentira, me darán para *tragelar* unos cuantos dias. Lo que ha habido ha sido una cosa muy distinta, ese individuo me queria dar una llave falsa, y yo le he contestado: «Guárdate tu llave, yo no *trabajo* ya en ese género. He encontrado otro modo de *afanar* que manejando el *churí*. Estafo á los militares, lo cual es mas seguro y menos espuesto; basta de *estaribé*.

Y Lesage añade con complacencia y arriesgando una sonrisita.—Señor presidente, uno puede muy bien ser ladron, pero no asesino.

Levi: No temo todo lo que el *señor* Lesage pueda decir. Yo, gracias á Dios, no tengo ya nada que ver con la justicia. Si tengo *premiso* para vivir en París, es porque llevo dos años de trabajo y de buena conducta y porque sostengo á mi madre.

Lesage con malicia: ¡Su madre! ¡perdone usted

(c) 2008 Real Academia de Jurisprudencia y Legislación